
Giani Stuparich

La bora

Traducción de Guillermo Fernández

Mientras alrededor de la casa domina el estruendo de la bora, una muchacha aprende en su manual de geografía que "en Italia, la velocidad del viento rara vez rebasa los 42 km. por hora".

De entre todas las ciudades italianas, sólo Trieste tiene el gran privilegio de recibir en el año las frecuentes visitas, sobre todo en invierno, de un viento que, cuando es ligero, alcanza la velocidad de 60 km. por hora, y en ciertos días que sopla con furor, supera los 140.

Visitante descortés y violento, por el cual la ciudad vive con el Jesús en la boca. Y bien que lo conocen todos los constructores y los ingenieros de la luz y de teléfonos, que nunca toman las debidas providencias ni calculan cumplidamente la violencia de este enemigo de los cables que van de poste a poste, de las chimeneas y de los tejados. Lo saben los marineros que no refuerzan bien las amarras. Lo saben los ciudadanos que, pese a conocerlo por tradición y experiencia, nunca se preparan como es debido para afrontarlo sin riesgo.

Sin embargo, siempre hay alguien que lo desea. Esa muchacha que estudia mecánicamente, en voz baja, su texto de geografía, pero su atento corazón sigue al diablillo que anda afuera. Cuando levanta sus ojos del libro, puedo ver en ellos una extraña luz de alegría. Yo conozco el motivo: mientras más aúlla el viento, mayor es su esperanza de que éste no deje de soplar durante toda la noche y que mañana, cuando vaya a la escuela, sople gentil y gallardo. Un entretenimiento: correr a su encuentro y luchar contra él, o dejarse llevar por su fuerza. Mañana, ella y sus compañeras se tomarán de la mano y, entre gritos y risas, disfrutarán la fiesta del viento: cabelleras revueltas, mejillas y ojos resplandecientes.

Lo sé. Cuando éramos muchachos, los días de fuerte bora nos excitaban gozosamente; para nosotros era una especie de diversión. Buscábamos los lugares donde soplaban con mayor fuerza y las zonas más expuestas: ciertas calles donde la bora era como un torrente, las riberas y los muelles, los altozanos. Competencias de resistencia y equilibrio, carreras peligrosas. Recuerdo una vez que en el muelle Audace, en

aquel entonces llamado San Carlo, a cuatro de nosotros se nos ocurrió llegar hasta la cima de la pequeña columna. Tan impetuosa era la bora, que levantaba enormes olas que batían y bañaban toda la extensión del muelle. A esa edad, el riesgo es un licor picante y embriagador. En cierto momento, los cuatro que nos manteníamos bien tomados de la mano, tuvimos que echarnos al suelo, pues la violencia del viento y del agua comenzó a arrastrarnos hacia el mar. Pero le dimos batalla a la bora: nos refugiábamos detrás de la base de un poste, y sin soltarnos en ningún momento de la mano, aprovechando las rachas de viento menos violentas, nos fuimos refugiando ora detrás de un poste, ora detrás de una columna, hasta que llegamos a la cima. Con qué gritos, con qué triunfo salvaje trepamos y nos sentamos sobre la pequeña columna de la rosa de los vientos. Nos pusimos a cantar en medio del aullido furibundo del viento, empapados hasta los tuétanos, con el mar enfurecido que azotaba nuestro islote y nos salpicaba con violencia, ensordeciéndonos, cegándonos, salando nuestras bocas, corriendo sobre nuestra espalda.

Tal vez muchos triestinos conserven, desde aquellos verdes años, una secreta simpatía por la bora. Y cuando los forasteros hablan de ella con temor, los triestinos sonríen con la resignada y cierta orgullosa complacencia de quien tiene en su casa un mastín temible. No es aventurado pensar que la bora, entre los demás factores climáticos de la región, mucho tiene que ver con la índole de los triestinos. Nunca es bueno generalizar a este respecto, pero no deja de seducir la idea de que el carácter áspero y cauteloso, el gusto por la contienda y la inconstancia en la tenacidad, característicos del triestino, deriven de la bora.

Es necesario verla nacer. Hace algunos años, en el mes de febrero, tuve la ocasión de ver su llegada. El aire lucía neblinoso y soñoliento. Desde el sitio en que yo estaba, la ciudad parecía envejecida, bajo un velo uniforme de casancio; los muelles, más que extenderse decididos hacia el mar, parecían emerger y flotar débilmente sobre las aguas, como barcasas a punto de desmoronarse; la colina estaba grisácea y opaca.

* La *bora*, deformación véneta del latín *borea* y del griego *boreas*, es un viento que sopla con gran violencia en Trieste y a lo largo de la costa dalmata, procedente del noreste. (N. del T)

De pronto, el borde de la colina comenzó a aclararse; la cortina de niebla empezó a levantarse, deshilachándose, dejando ver un jirón de cielo muy azul, como si surgiera un mundo renovado. En un principio no entendí a qué se debía aquello, pero poco después, al ver que la niebla se espesaba sobre la ciudad, que rodaba y desaparecía, devolviéndole al mar su limpieza, sentí que el viento comenzó a vibrar a mi alrededor, su roce leve, picante sobre mi piel, y percibí la ligera fragancia de las piedras y los pinos. Entonces entendí lo que ocurría. Estaba naciendo la bora. Se perfilaba en los bordes de los cerros y, bajando a grandes saltos, caía sobre la ciudad y el mar. Las casas volvían a recortarse con nitidez, se limpiaban, se acercaban; los muelles se liberaban del sutil velo de la niebla y mostraban su maciza corporeidad; en las dársenas, el agua del mar recobraba color y movimiento. Una frescura, un rejuvenecimiento en todas partes.

Qué bello sería gozar durante mucho tiempo esta límpida y fresca etapa del viento recién nacido, de este alemán y un poco exitante "borinello" de las matinales brisas del estío. Pero estábamos en invierno y, segundo a segundo, aquel jovencito se ponía más flamenco. Minutos después, ya resonaba su voz y su látigo agitaba las aguas en retumbantes olas; el aire se enfriaba con su aliento. Cuando me alejé de la ribera, para regresar a las calles de la ciudad, el mar era ya todo espuma y la voz cantante del viento crecía en un aullido prolongado.

A la luz del sol, bajo un cielo más puro y evidente aun para los ojos más atolondrados, el imperio de la bora es menos cruel en la ciudad. Aun cortando la respiración y embistiendo con bruscas rachas, permite espaciar la mirada y gozar del espectáculo de las calles. Se perciben entonces, en el movimiento de la ciudad, cosas extraordinarias: ritmo, pausas, composición de las formas y de los volúmenes en movimiento; todo es insólito, todo obedece a una nueva necesidad dinámica que, si debiera perpetuarse, cambiaría por completo el aspecto normal de la ciudad. Las calles parecen más anchas, el empedrado adquiere tonos brillantes de metales bruñidos; las aristas de los palacios y de las casas parecen más netas y tajantes; carretas, automóviles y tranvías pasan como flechas, como si quisieran huir, como si escaparan de alguna persecución; los hombres tienen en los pies el impulso de la carrera, el porte marcial en una marcha difícil y en la ropa las vibraciones y las ansias del vuelo. La posición vertical cede su lugar a la inclinada, y podría pensarse en las pistas de patinaje si la agilidad y los movimientos de las figuras que en ellos se deslizan no se vieran, en cambio, por las calles, como obstaculizados por una invencible resistencia, tenaz y deformadora. Los demás sentidos perciben esa invisible resistencia. En efecto, la substancia del viento está en todo y en todas partes y es como un torrente que invade, choca y arrastra, sacude y rumorea, con calmas repentinas y veloces remolinos.

Pero también existe la bora feroz; la bora que se ensaña bajo los cielos plomizos que amenazan con rigores pavorosos. Se camina entonces por la calle con la cabeza agachada, muy cerca de las paredes, se da vuelta en las esquinas con cautela. En tales momentos, el tacto y el oído son los sentidos protectores. Se siente la necesidad de un refugio, y quien va por la calle, se apresura. El aspecto de las calles es desolado, casi siniestro: la ciudad parece estar en horas de queda, como si un atroz flagelo hubiese caído sobre ella. Caminando de noche por ciertas calles distantes del centro, atravesando arrabales donde las construcciones se alternan



con vastas explanadas y terrenos baldíos, cuesta trabajo pensar que uno está realmente en un normal aglomerado urbano. Se tiene la impresión de hallarse en medio de un bosque sacudido por la tormenta: silbidos y estruendos, retumbos y gemidos; la impresión de tener sobre la cabeza una mounstruosa selva metálica, en la que danzara y aullara la violencia del viento y, para colmo, lo que aumenta el horror de la escena, sombras gigantescas y tambaleantes corren en pos de relámpagos de lívida luz; son los arbotantes suspendidos, que se balancean y retuercen en una danza demente, y el efecto visual es a menudo aterrador: casas lanzándose sobre otras casas, aceras que se encabritan y se hacen añicos, empedrados que se desgarran o cintas de asfalto que se enrollan por sí mismas.

Al llegar a casa, colgando el abrigo en el perchero y quitándose la gorra sumida hasta las orejas, respiramos de nuevo y, si estamos de humor, nos reímos de nuestra impresionabilidad, mimados como estamos por la vida civil, con todas sus comodidades y sus mullidas costumbres. ◇